



CAPÍTULO IV.

La salutacion angélica.

DESPUES del *Padre nuestro* la oracion más sublime y útil que usa la Iglesia, es la salutacion angélica; colócala por lo regular despues de la oracion dominical, como indicando el gran principio católico de la intercesion eficaz de la bienaventurada Virgen María, por lo cual la invoca para que con su poder acoja las peticiones que antes ha formulado. Santo Domingo nos la hace repetir diez veces despues de cada *Padre nuestro*, y los santos la decian continuamente. Un santo catalan, el beato Romeo de Llivia, prior del convento de Predicadores de la ciudad de Tolosa, la recitaba tres mil veces cada dia. A álguien puede esto parecerle una exageracion fria y

fastidiosa; mas quien tenga el don de comprender el espíritu de devocion y santidad, comprenderá bien esta piadosa tenacidad de la repeticion del *Ave María*; verá que asi como se repiten los latidos del corazon, y como la sangre corre siempre por un mismo círculo, así la concentracion amorosa del amor á la inmaculada Virgen María produce una perenne aspiracion, una repetida súplica á la misma. El amor y la necesidad impelen de consuno al cristiano á la invocacion de María; el amor se goza pronunciando su nombre y repitiendo su alabanza; la necesidad se consuela acudiendo é implorando á Aquella que puede llenar cumplidamente nuestras necesidades.

Llámase esta oracion la salutacion angélica, porque el arcángel san Gabriel la usó por primera vez al anunciar á María su gran destino de ser Madre de Dios. Este celestial embajador es el principal autor del *Ave María*, pues dijo: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita Tú eres entre todas las mujeres*. La prima de la Virgen, santa Isabel, estando en cinta del santo Precursor Juan, al ser visitada por Nuestra Señora la dijo: *Bendito es el fruto de tu vien-*

tre; y la Iglesia puso despues del *Dios te salve* la palabra *María*, que el Angel no pronunció, pues que sólo dijo *Dios te salve, llena de gracia*. Saludamos, pues, con el Angel á Nuestra Señora, y en el saludo pronunciamos su nombre: *MARÍA*.

Los nombres que pone Dios están perfectamente puestos, y comprenden la significacion de la persona ó cosa expresada. *María* significa estrella del mar; por esto la Iglesia empieza el himno que canta á la Virgen, diciendo: *Ave, maris Stella*. San Bernardo habla con maravillosa elocuencia de este nombre, y procuraremos trasladar aquí los principales conceptos del devoto Abad de Clara-val. El nombre de *estrella* conviene á una Madre Virgen, porque así como la estrella despide el rayo de luz sin menoscabo de su resplandor, así la Madre Virgen pare á su Hijo, y no pierde ni menoscaba su virginidad. Ella es, pues, aquella Estrella de Jacob, ya de antiguo vaticinada, que debía iluminar todo el mundo. Los sublimes cielos y la baja tierra participan de su resplandor, el cual ilumina los entendimientos, ca-

lienta los corazones y abraza los vicios, aniquilándolos con el fuego de su amor. ¡Oh, quien quiera que seas que en medio del revuelto rio del mundo, al empuje de las olas y de las tempestades te sientes fluctuar, como si no estuvieses en tierra firme, mira la Estrella, invoca á *María*! Si las fuertes sacudidas de la soberbia, de la ambicion, de la envidia, de la calumnia, te hacen vacilar, mira la Estrella, invoca á *María*. Si la ira, la avaricia ó los hechizos de la carne estremecen la navicilla de tu espíritu, mira á *María*. Si perturbado por grandes crímenes, confuso por tu sucia conciencia, amedrentado por el horror del juicio, te sientes ya sorber por el abismo de la tristeza ó por la desesperacion, piensa en *María*. En los peligros, en las angustias, en las perplejidades, piensa en *María*, invoca á *María*. No se mueva su nombre de tu boca, no se aparte de tu corazon, y para recabar el auxilio de sus oraciones habla continuamente de la misma. Siguiéndola no te extraviarás; rogándola no te desesperarás; pensando en Ella andarás siempre acertado. Si la posees no caerás, ni siquiera te amedrentarás; tomándola por guía no te cansarás, y suave-

mente llegarás al fin de tu jornada, experimentando sensiblemente con cuánta razón á María se le impuso el nombre de Estrella. Muy dulce es, concluye san Bernardo, hablar de este nombre; pero más vale que lo contemplemos en el silencio del recogimiento, ya que los mayores esfuerzos de la palabra no bastan á declararlo debidamente (1).

Mas las palabras del Angel: *llena de gracia*, descubren los portentos divinos que María atesoraba. Ella es la sola llena de gracia; ésta ha faltado hasta á los santos más encumbrados y más favorecidos de Dios, porque la sombra del pecado de nuestros primeros padres á todos alcanzó fuera de Ella. María fué concebida en gracia; todos los demás de la humana estirpe en pecado. Apareció, pues, la celestial Niña en el vientre de la vieja Ana, surgió en la esfera de la vida este nuevo Sér, sin que sombra alguna mitigase su resplandor; es la única criatura en cuya nueva existencia pudo de lleno recrearse el Criador y exclamar: Ya no me pesa de ha-

(1) Hom. II super *Missus est*.

ber criado al hombre. Los ángeles tambien vinieron á la vida en gracia de Dios, y á los primeros instantes de su existencia se encontraron ya con el premio; es decir, con un paso llegaron al término de su carrera, y concluyeron esta especie de noviciado con que plugo al Señor probar á las criaturas inteligentes, dándoles al propio tiempo un espacio en el que pudiesen enriquecerse de dones celestiales. Cuando la criatura llega á la bienaventuranza ya ha concluido el tiempo de merecer; á María no le puso Dios tan á la mano el premio: concebida y nacida en gracia, podía desde luego entrar en posesion de la corona de gloria, mas el Señor quiso que por sí misma, mediante los merecimientos de una larga vida, llena de obras santísimas y de virtudes heroicas, acrecentara el caudal de gracia con que el Señor con largueza verdaderamente divina la habia enriquecido. Cada momento de su vida fué un aumento de su gracia; al nacer, su gracia era superior á la de todos los seres criados, ya de la tierra, ya del cielo, porque su mision era superior al destino de todas las demás criaturas, su oficio el más excelente de los oficios: ser Madre de Dios; y el Señor

proporciona las gracias á la predestinacion del sér que envia á la vida. Al saludarla el Angel *llena de gracia*, ésta ya se habia multiplicado maravillosamente en Nuestra Señora; y despues en los grandes misterios de la encarnacion del Verbo, en la vida y muerte de Jesucristo, tan intimamente ligado con María, y hasta una vez hubo subido el Señor á los cielos, por su union con la naciente Iglesia, la gracia llegó en María á su apogeo; por lo cual con mucha más razon aún que el ángel san Gabriel debemos nosotros decirla: *Llena de gracia*.

Santo Tomás explica maravillosamente una sentencia de Hugo de san Víctor acerca de la plenitud de la gracia de María. Los otros santos, dice, tienen su alma llena de gracia y es gran cosa que posean la gracia necesaria á santificarla; mas en María la gracia, la fuerza del amor del Espíritu Santo, que ardia en su espíritu, reverberó su calor hasta á la carne, y conmovióla tan profundamente, que en ella engendró y concibió al Hijo de Dios. Tenia en su corazon encendido el fuego del Espíritu Santo, por lo cual la carne de María produjo cosas maravillosas, es decir, concibió un Hom-

bre-Dios; por esto el mismo Angel la dijo: «Lo que nacerá de Ti será santo y llamado Hijo de Dios.» La plenitud de la gracia en María hace que tenga en sí reunidas todas las virtudes y excelencias que poseen todos los demás santos; por esto la Iglesia la llama Reina de todos los santos. Cada uno de éstos posee una ó más determinadas virtudes, distínguese por una excelencia especial que forma como la fisonomía particular del mismo; mas María es la concentracion de todas las perfecciones de todas las criaturas. Decian los antiguos que el hombre era un universo abreviado, porque reúne las perfecciones de todos los seres mundanos de los cuales él es el rey; pues María es tambien como la creacion entera reducida á menores proporciones, porque siendo Reina de los ángeles y de los hombres, todas las cualidades que éstos poseen las tiene María sublimadas en su más alto grado. Por esto su patrocinio se extiende á todas las necesidades, y todos la reclaman; y la Iglesia dice de Ella y pone en su boca estas palabras: «En Mí está toda esperanza de vida y de virtud (1).» Es tal su plenitud de gracia, que

(1) Eccli. xxiv, 25.

dice santo Tomás: Es gran cosa que un santo posea una gracia que sea suficiente para muchos, pero es lo más admirable que tenga tal gracia que sea suficiente para la salud de todos los hombres, lo cual pasa en Cristo y en la bienaventurada Virgen; de consiguiente, añade el santo Doctor, de cualquier peligro puedes ser salvo mediante la intercesion de la misma gloriosa Virgen, de tal manera está llena de gracia y en la plenitud de Ella excede á todos los ángeles.

No sólo en María está el lleno de las gracias, sino que en la misma se halla el Autor de la gracia; por esto decimos *el Señor es contigo*. El Señor es contigo, dice san Agustín, en la mente, en el auxilio, en el vientre. La union de la Virgen no es sólo con el Verbo, sino con las tres Personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; por lo cual la Iglesia la llama *noble tálamo de la Trinidad Beatísima*. Fuera la sagrada Humanidad de Cristo, no hay cosa criada más identificada con Dios que la persona de María; de manera que en las Revelaciones de santa Brígida se lee que esta Santa, tan admitida á los más secretos

misterios del Altísimo, oyó á Nuestra Señora pronunciar estas palabras: «Toda alabanza de mi Hijo es alabanza mía; y quien deshonra á Él me deshonra á mí, porque con tan fervoroso afecto yo le amé á Él y Él á mí como si los dos tuviésemos un sólo corazón (1).» Dios está en María no como en las demás criaturas, sino como en su templo, y la Iglesia la llama templo del Espíritu Santo. Gusta el Señor de residir en templos vivos más que en los templos de piedra que le edificamos los hombres; si alguno me ama, decia Jesucristo, con mi Padre y mi (2) Espíritu divino vendrémos á él, y harémos en él nuestra morada. Mas la casa del Señor ha de brillar de santidad y pureza, y la pureza de María es infinita. Pueden concebirse, enseña la teología, mayores perfecciones que las de María, porque Dios en sus inagotables tesoros guarda siempre maravillas desconocidas; mas nadie puede imaginar una pureza mayor que la suya, porque nada le falta para ser completa y cabal. Por esto en este purísimo templo, en esta arca de santificacion,

(1) Lib. I *Revel.* cap. VIII.

(2) Joan. XIV, 23.

descansa y habita el Señor de la pureza y de la santidad, y el arcángel san Gabriel, conoedor de tan sublime excelencia, la saludó diciéndola: *el Señor es contigo*.

Nadie ha alcanzado tan abundantes bendiciones como María; es *bendita entre todas las mujeres*. San Agustin dice que es bendita entre todas las mujeres, porque engendró á la vida de la gracia cristiana á todos los hombres y á todas las mujeres; es decir, porque fué la madre de nuestro linaje cristiano; mas Cornelio á Lápide da una hermosa explicacion del por qué el Angel la llamó bendita entre todas las mujeres. El sexo femenino, viene á decir el sabio expositor, tiene tres estados: la virginidad, el matrimonio y la viudez; y María tiene la excelencia y no el defecto, de estos tres estados. Tiene de la virginidad la pureza, mas no la esterilidad; del matrimonio la procreacion y educacion de hijos, mas no la pérdida de la virginidad, y de la viudez poseyó la libertad de espíritu, es decir, la no sujecion á las exigencias de un marido, y sin embargo tenía la dulce compañía de esposo, porque éralo

en realidad de ella el glorioso Patriarca san José. Hé aquí, pues, cómo entre todas las mujeres ésta puede llamarse bendita. Pero además es bendita entre todas las criaturas, escribe santo Tomás, porque estuvo exenta de las tres maldiciones que á consecuencia del pecado cayeron sobre el humano linaje. La una recayó sobre las mujeres que desde entonces debian concebir los hijos en la corrupcion, llevarlos en sus entrañas con angustias y parirlos con dolor; pero de esta maldicion quedó libre la Virgen, porque concibió sin menoscabo de la pureza, llevó en sus entrañas con consuelo, y parió con gozo al Salvador. La segunda maldicion cayó sobre los hombres que debian comer el pan con el sudor de su rostro, es decir, quedaron agobiados bajo el peso del cuidado de las cosas temporales; pero las vírgenes, dice el apóstol san Pablo (1), están libres de los cuidados del mundo. La tercera comprende á hombres y mujeres: todos debemos convertirnos, despues de la muerte, en el polvo de que fuímos formados. María santísima, empero, se salvó de la destruccion y

(1) I Cor. 1.

corrupcion de su cuerpo con su gloriosa Asuncion á los cielos, que ya el profeta David habia cantado con aquellas proféticas palabras del salmo cxxxI: «¡Oh Señor, levántate y vén al lugar de tu morada, Tú y el Arca en que brilla tu santidad.» Esta arca maravillosa en que reposó el mismo Dios es María, en la cual brilla la santidad divina con tales destellos, que su resplandor ha llegado á los ojos del pueblo cristiano en todos los siglos de su existencia. Los demás santos son benditos y glorificados por una nacion ó reino de la cristiandad, han sido muy aclamados en una época, y tal vez olvidados en otra; pero María siempre ha sido la alegría de todo el pueblo cristiano, el objeto perenne de sus alabanzas, y el refugio en sus necesidades. No hay doctor católico que no haya enseñado sus grandezas y singulares privilegios, apóstol que no haya predicado su devocion, poeta que no haya cantado su hermosura sin defecto, pintor que no haya impreso en sus lienzos su celestial imágen. Los pueblos que están en sus comienzos, como las nuevas cristiandades que forman los misioneros en los países infieles, ó nuestros heroicos ascendientes de la Edad media; las

naciones que llegan al apogeo de su gloria, como la España de Felipe II ó la Francia de Luis XIV, y los países que perdida su virilidad moral van bajando de su anterior grandeza, como pasa en las sociedades modernas, indistintamente aclaman y bendicen á la soberana Virgen, cumpliéndose á la letra aquel inspirado vaticinio, que de sí misma hizo la Señora, al ser saludada por su prima santa Isabel: Todas las generaciones venideras me llamarán bienaventurada.

Pero aún más *bendito es el fruto de tu vientre*, ¡oh María! La Virgen es bendita entre todas las mujeres; su Hijo, fruto de su vientre, es bendito en absoluto; en Él y por Él alcanzó bendicion la misma Señora. El Verbo encarnado es la misma bendicion; su Madre la primera y más plenamente participante de la misma. Hay dos frutos famosos en la historia de la humanidad, el fruto de Eva y el fruto de María. Con el primero nuestra desgraciada madre Eva infundió en su descendencia el virus fatal del pecado; con el segundo nuestra feliz madre María inoculó, por decirlo así, en los miembros de la fami-